

## SOBRE LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES EN RUSIA 2018 ON THE PRESIDENTIAL ELECTIONS IN RUSSIA 2018

Jiri Sykora\*

Artículo recibido: 06-02-2018

Aprobado: 10-02-2018

### Resumen

Este artículo analiza la situación política en Rusia en vísperas de las elecciones del presidente el 18 marzo de 2018. Vladimir Putin se presenta a la reelección por cuarta vez. Los sondeos le auguran una cómoda victoria, con lo que podría ampliar su dominio del escenario político de Rusia a una tercera década. Putin está muy decidido no solo a ganar el 70% de los votos emitidos, ya las ordenes directivas a los jefes regionales para organizar esta cifra se enviaron hace mucho tiempo, sino también a obtener una participación de más del 70% de los votantes elegibles. Al lograr esta fórmula 70-70, Putin y el régimen pueden pretender cumplir el ritual electoral y proporcionarle la ilusión de legitimidad. Se abordan tres principios del realismo: soberanía, el príncipe, Leviatán con el objetivo de comprobar que el comportamiento de Putin a lo largo de todas las etapas precedentes y en la etapa actual está completamente integrado al modelo de realismo, con todos sus principios, incluidos los correspondientes a Leviatán, la soberanía y el nuevo príncipe. Putin ha personalizado las instituciones del Estado: los tribunales, el ejército, las fuerzas de seguridad, el parlamento, incluso los partidos de la oposición, y la economía también. Irónicamente, Putin ha sentado las bases para exactamente el tipo de colapso caótico que ha pasado su vida política tratando de evitar, el tipo de colapso que dio lugar a su reinado. Se ha convertido en rehén de un sistema que construyó con sus propias manos.

\*Académico de la  
Licenciatura de Relaciones  
Internacionales, del  
Departamento de Ciencias  
Sociales y Humanidades  
en la Universidad  
Iberoamericana León,  
Gto., México; Doctor en  
Historia por la Pontificia  
Universidad Gregoriana, de  
Roma, Italia.  
[jiri.sykora@iberoleon.mx](mailto:jiri.sykora@iberoleon.mx)

### Abstract

This article analyzes the political situation in Russia on the eve of the president's elections on March 18, 2018. Vladimir Putin is running for re-

election for the fourth time. The polls predict a comfortable victory, which could expand his control of Russia's political scene to a third decade. Putin is very determined not only to win 70% of the votes cast, since the directives to the regional heads to organize this figure were sent long ago, but also to obtain a participation of more than 70% of the eligible voters. By achieving this formula 70-70, Putin and the regime can pretend to fulfill the electoral ritual and provide the illusion of legitimacy. Three principles of realism are addressed: sovereignty, the prince, Leviathan with the aim of verifying that Putin's behavior throughout all the preceding stages and in the current stage is completely integrated into the model of realism, with all its principles, including those corresponding to Leviathan, sovereignty and the new prince. Putin has customized the institutions of the state: the courts, the army, the security forces, the parliament, even the opposition parties, and the economy, too. Ironically, Putin has laid the groundwork for exactly the kind of chaotic collapse he has spent his political life trying to avoid, the kind of collapse that gave rise to his reign. He has become hostage to a system he built with his own hands.

*Palabras clave:* Vladimir Putin, Elecciones presidenciales en Rusia 2018, realismo político.

*Keywords:* Vladimir Putin, Presidential Elections in Russia 2018, political realism.

*“Pero lo que creo que es cierto es esto: si se les diera a todos estos grandes maestros contemporáneos el alcance completo para destruir la vieja sociedad y construirla de nuevo, el resultado sería tal oscuridad, tal caos, algo tan crudo, ciego e inhumano que toda la estructura colapsaría al sonido de las maldiciones de la humanidad antes de que pudiera ser completada”.*

*Fyodor Dostoyevsky*

*“Creo que la cuestión central no es simplemente la manipulación informativa, sino algo de dimensiones mucho mayores. Se trata de si queremos vivir en una sociedad libre o bajo lo que viene a ser una forma de totalitarismo autoimpuesto, en el que el rebaño desconcertado se encuentra, además, marginado, dirigido, amedrentado, sometido a la repetición inconsciente de eslóganes patrióticos, e imbuido de un temor reverencial hacia el líder que le salva de la destrucción”.*

*Noam Chomsky*

*“El hombre soviético no ha desaparecido. Es una mezcla de cárcel y guardería. No toma decisiones y simplemente está a la espera del reparto”.*

*Svetlana Alexievich*

## Prólogo

El 15 de diciembre de 2017, el Consejo de la Federación (Cámara Alta), que tiene la prerrogativa de convocar las elecciones presidenciales en Rusia, aprobó por unanimidad fijar la fecha de los comicios a la jefatura de Estado para el 18 de marzo de 2018. En caso de que ningún candidato logre

una mayoría absoluta de los votos —más del 50%— tendrá lugar una segunda vuelta electoral el 8 de abril, en la que la Presidencia del País se decidirá entre los dos candidatos más votados en la primera vuelta.

El actual mandatario del país, Vladimir Putin, anunció oficialmente su candidatura en las próximas elecciones el 6 de diciembre del año pasado, en un discurso ante los trabajadores de la planta de fabricación de automóviles GAZ en Nizhny Novgorod. Con reminiscencias del comienzo de su mandato anterior, tanto el lugar como el público fueron seleccionados de acuerdo con la imagen del presidente del pueblo del hombre de la política por encima del partido (Sputnik, 2017).

En marzo de 2012, Vladimir Putin fue elegido presidente de Rusia para un mandato de seis años. Ya había ejercido como presidente entre 2000 y 2008, y como primer ministro entre 2008 y 2012. Si se cumplieran sus aspiraciones (estar en el poder durante la próxima legislatura), gobernaría veinticuatro años —seis más que Breznev y seis menos que Stalin—. Sin embargo, su gobierno solo aspira a garantizar la estabilidad económica que hasta ahora le ha otorgado el apoyo de la mayoría de la población para su régimen autoritario, y no emprenderá reformas políticas que lleven a la democratización del país (Milosevich, 2013; Pons, 2017). ¿Logrará Vladimir Putin sus aspiraciones políticas? ¿Qué consecuencias puede tener su éxito o su fracaso para el futuro de Rusia?

**Si se cumplieran sus aspiraciones (estar en el poder durante la próxima legislatura), gobernaría veinticuatro años —seis más que Breznev y seis menos que Stalin—**

**Rusia se encontró en el sistema con una crisis de proporciones catastróficas que sacudió todos los aspectos de la vida política y social**

## **Introducción**

Durante la última década del siglo XX, después del colapso del Estado soviético, Rusia se encontró en el sistema con una crisis de proporciones catastróficas que sacudió todos los aspectos de la vida política y social y amenazó la desintegración completa del otrora poderoso Estado. El poder político y económico se reubica en gran medida fuera de las instituciones del sistema y se concentra cada vez más en las manos de los grandes empresarios (oligarcas) y las élites políticas regionales (gobernador), que amenazan con socavar seriamente la estructura federal y la integridad del país (Milosavljevic et al., 2017). El poder militar del país se ha debilitado severamente. Los problemas en la esfera social y la disminución del nivel de vida de la población por debajo del límite inferior aceptable sacudió los cimientos del Estado ruso. Este es un efecto dramático en la situación demográfica, que superó todos los ejemplos comparativos en la historia rusa (Solzhenitsyn, 1995). En el escenario internacional, la influencia de Rusia fue marginada. Todos los elementos de su poder duro y suave se han reducido drásticamente. Rusia ha perdido sus atributos de

superpotencia y el otrora poderoso Estado y líder de los grupos políticos e ideológicos socialistas de países en el período bipolar; según la opinión de un número significativo de autores, se redujo al estatus de potencia regional. Tal estado deficiente del país con una historia orgullosa, que existió en los primeros años de la “era de Yeltsin” posterior a la Guerra Fría, contrastaba fuertemente con sus gloriosos períodos imperiales del pasado en los que el Estado ruso tenía un papel principal en términos de poder militar y los impactos políticos, culturales y de civilización. En Rusia, esto creó un profundo sentimiento de decepción y humillación (Kissinger, 2008).

Cambios de personal en la gestión estatal, el nombramiento de Vladimir Vladimirovich Putin como Presidente interino de la Federación de Rusia desde el 31 de diciembre de 1999 y su posterior victoria en las elecciones presidenciales en la primavera de 2000, crearon las condiciones previas para el inicio de una nueva fase en el desarrollo de la Rusia postsoviética. Durante su primer mandato presidencial, Putin inició y lanzó extensas reformas políticas, económicas y sociales internas, así como cambios en la política exterior y de seguridad, que dieron como resultado una recuperación, estabilización y consolidación gradual del Estado y la sociedad rusa (Sakwa, 2008). Para consolidar las oportunidades económicas, y eliminar anomalías y tendencias negativas en la economía, así como las consecuencias negativas de las privatizaciones, el régimen de Putin comenzó el proceso de medidas muy complejas y de largo plazo destinadas a la desmonopolización de otros centros de poder competitivos: la élite económica u oligarquía. Además del hecho de que los disturbios en la economía rusa fueron en gran parte el resultado de la llamada “*voucher privatization*” (para distribuir la propiedad rápidamente y ganar sobre el apoyo popular, los reformadores decidieron depender principalmente del mecanismo de la privatización de cupones gratuitos, que se implementó anteriormente en Checoslovaquia; interesante análisis de este periodo tiene por ejemplo Milia, 2015), muchos de los cuales tenían un carácter criminal y “predatorio”, se originaron en la colusión entre el crimen organizado y algunas estructuras políticas del poder; las reformas del régimen de Putin, que se caracterizaron por una extrema complejidad, no fueron posibles de implementar. Los mecanismos preestablecidos efectivos de control estatal en industrias estratégicas (principalmente en energía – industria petrolera y de gas, y el sector de metales no ferrosos y preciosos, por lo tanto precisamente las áreas más rentables de la economía rusa, donde se encuentra el mayor número de imperios financieros de los oligarcas), al mismo tiempo no abolió los centros paralelos, competitivos y en gran medida autónomos de poder político, constituidos por líderes regionales (gobernadores) y/o grupos de oligarcas.

Con hábiles movimientos políticos, dirigidos a la estructura oligárquica (en julio de 2000, después del arresto de uno de los oligarcas más influyentes, Vladimir Gusinsky, el dueño del holding “Media Most”, se realizó una reunión de Putin con 28 oligarcas, donde establecieron unas nuevas “reglas del juego”; cf. Goldman, 2008), el gobierno central ha tenido éxito en un período de tiempo relativamente corto para recuperar el control de los recursos naturales estratégicos, a través de los procesos de su nacionalización, o mediante los procesos de establecimiento del “control” y la influencia de los “oligarcas leales” (que representa por ejemplo Roman Abramovich; cf. Goldman, 2008), que no solo contribuyó a la consolidación de la situación económica en el país, sino que también tuvo un efecto estabilizador en las esferas política y social. El resultado final de la lucha de las estructuras estatales para neutralizar el poder económico y político de los oligarcas individuales, y su “desempoderamiento” al final de la primera mitad de la primera década de este siglo, fue el

retorno del control estatal sobre los sectores estratégicos de la economía, con la renacionalización de enormes recursos naturales (Goldman, 2008), principalmente en el campo de la energía, como el segmento más rentable de la economía rusa. Las fuertes condenas a estas acciones del liderazgo estatal ruso provienen en su mayoría de Occidente y se centran principalmente en la crítica de crear una posición monopólica del Estado en el sector ruso del petróleo y el gas, así como la violación de los derechos económicos de las empresas extranjeras en Rusia. Algunos autores denominaron esta medida del régimen de Putin como la “expropiación estatal” del sector energético ruso, el “imperialismo económico” (Goldman, 2008, pp. 322-329) y similares, tratando de retratar a Rusia como un socio poco confiable en el sector energético, que es uno de los principales pilares del poder del Estado ruso (Primakov, 2004). Además de estos procesos, las medidas de las reformas internas de Putin, en sus palabras, tenían como objetivo, entre otras cosas, acabar con el crimen organizado, luchar contra la corrupción, elevar el nivel de vida de los ciudadanos rusos, reducir la pobreza y el desempleo, impedir la continuación de las tendencias negativas en el ámbito demográfico, etc. (Putin, 2014).

Durante su primer mandato presidencial, Putin inició y lanzó extensas reformas políticas, económicas y sociales internas, así como cambios en la política exterior y de seguridad

### **Era de Putin**

El rápido ascenso y permanencia del poder de Vladimir Vladimirovich Putin como el segundo presidente de la Federación de Rusia, seguido después de dos términos por su transferencia al puesto de primer ministro, sorprendió a muchos observadores. Como observó Huskey al comienzo de su presidencia (2001, p. 82): “Pocos líderes en los tiempos modernos han ascendido al poder de forma más rápida o improbable que Vladimir Putin. [...] Putin pasó de la oscuridad política a la presidencia de una gran nación en poco más de un año”. Después de una carrera en la agencia de seguridad estatal soviética, la KGB, incluido el servicio en la República Democrática Alemana, siguió, después del colapso de la Unión Soviética, por el trabajo administrativo en la oficina del alcalde de San Petersburgo, Anatoly Sobchak, Putin se trasladó a la administración presidencial en Moscú, luego fue nombrado jefe de la FSB (el servicio Federal de Seguridad, agencia sucesora de la KGB; cf. Pons, 2017), y luego nominado como primer ministro por el presidente Boris Yeltsin en agosto de 1999. Cuando Yeltsin anunció su retiro en la víspera del nuevo milenio, el Primer Ministro Putin se convirtió en presidente interino, lo que lo colocó en una posición privilegiada para ganar las elecciones presidenciales del 26 de marzo de 2000; lo hizo debidamente y fue inaugurado como Presidente de la Federación Rusa el 7 de mayo de 2000. Derrotado en Occidente como un oficial de inteligencia de baja categoría y una herramienta de los servicios de seguridad, poseía cualidades insospechadas que posteriormente le permitieron sellar una marca formidable sobre la emergente Rusia (Sakwa, 2008).

Al convertirse en presidente, Putin ganó una herencia formidablemente desafiante, a lo que respondió con vigor y disciplina (para una explicación comprensiva pero crítica, cf. Sakwa 2008). Había una necesidad urgente de poner orden, restaurar la economía y la sociedad a la salud, y recuperar un sentido de autoconfianza nacional para permitir que la nación rusa alcanzara la posición global que sus ciudadanos siempre habían considerado como su derecho.

### Soluciones

Putin actuó rápidamente en varios frentes: constitucional, de seguridad, económico, político nacional y extranjero, aprovechando las oportunidades que surgieron y estableciendo una especie de culto a la personalidad. Hubo una serie de errores significativos en sus acciones, pero al final de su primer mandato como presidente (2004) los contornos de una nueva Rusia estaban en su lugar; cuando en mayo de 2008 entregó a su sucesor elegido, Dmitry Medvedev, y volvió al papel de primer ministro, Rusia era marcadamente diferente de lo que había sido al comienzo de la década.

En el plazo de un mes desde que asumió el cargo de presidente, Putin presentó lo que en realidad eran cambios constitucionales, aunque no acordó la enmienda formal de la Constitución del Estado: Sakwa (2008, p. 143) llama a esto “para cambio constitucional”. Mediante un decreto del 13 de mayo de 2000 estableció siete distritos federales, cada uno de los cuales abarca una serie de temas o elementos constitutivos de la Federación de Rusia (provincias, repúblicas, territorios, etc.). Sus límites eran muy similares a los de los distritos militares del país, un hecho que insinuaba un *leitmotiv* particular de la regla de Putin: su alineación con las agencias de seguridad. Los distritos federales (posteriormente aumentados a ocho) estaban cada uno encabezado por un representante del presidente designado por él (*polpred* en la abreviación rusa), que de ese modo adquirió la autoridad política en nombre de la presidencia sobre los diversos líderes locales dentro de su jurisdicción. Para Sakwa (2008, p. 139), “la restauración de la coherencia en las relaciones centro-regionales” fue un tema secundario en el estatismo de Putin. Un objetivo inicial fue garantizar que todas las regiones de Rusia hicieran cumplir sus leyes con la ley federal después de la liberación legislativa durante todos los años de Yeltsin que habían conducido a un Estado descentralizado, incluso fragmentado. En ese período, después de la exhortación de Yeltsin de agosto de 1990 de tomar tanta soberanía como pudieran tragar, los políticos locales habían acumulado un enorme poder al introducir legislación para satisfacer sus propias necesidades y las de su territorio, a expensas del comercio interno y de la coherencia en el gobierno del país como un todo. La autoridad de la presidencia fue desafiada, y con ella la autoridad del Estado,

Este fue el primer elemento en el establecimiento de una “estructura de poder vertical” presidencial (o “poder vertical”), que reunió la autoridad del centro en una forma de “superpresidencialismo”

sin la cual Rusia enfrentó la anarquía y la posible desintegración. Esa perspectiva era anatema para un presidente que en 2005 describió el colapso de la Unión Soviética como “la mayor catástrofe geopolítica del siglo XX” (Sakwa, 2008, p. 431) y, debe agregarse, a la mayoría de los patriotas rusos cuyos antepasados orgullosamente había construido una nación con alcance global.

Este fue el primer elemento en el establecimiento de una “estructura de poder vertical” presidencial (o “poder vertical”), que reunió la autoridad del centro en una forma de “superpresidencialismo” (Huskey, 2001, p. 87). A continuación, revocó *ex officio* la membresía del Consejo de la Federación, la cámara alta del parlamento nacional, que disfrutaban los gobernadores de los asuntos de la federación; esto eliminó su inmunidad de enjuiciamiento y permitió que se abordara la delincuencia y el amiguismo entre los líderes regionales de Rusia. Fueron recompensados modestamente por la membresía del nuevo Consejo de Estado, compuesto por los gobernadores, y su presidium, que consiste en la policía de los siete distritos federales. Formalmente, esta institución asesora al presidente, y su estructura aprovecha la experiencia de los gobernadores al colocarlos en una jerarquía en el sistema presidencial. Estas medidas ayudaron a detener a los ingobernables gobernadores, cuya posición se redujo aún más por la abolición en el otoño de 2004 de su elección directa: en adelante, las nominaciones a las gobernaciones serían hechas por el presidente para su aprobación por la autoridad regional, que podrían disolverse en caso de rechazo.

Nuevas reformas impulsaron el poder presidencial. Desde las elecciones de 2007 hasta la Duma Estatal, los distritos uninominales fueron abolidos, y todos los diputados fueron elegidos en las listas de los partidos; el umbral de representación se elevó del 5 al 7 por ciento, se prohibieron las coaliciones preelectorales y se impusieron otras restricciones a los partidos. Estos desarrollos paraconstitucionales permitieron a Putin construir un “partido de poder” en apoyo de su administración, y debilitaron a los grupos de oposición de los extremos y al centro liberal. Así, el Partido Comunista de la Federación Rusa, sucesor directo del Partido Comunista Soviético, disfrutó de un éxito electoral sustancial en la década de 1990, como lo hizo el Partido Democrático Liberal nacionalista; su representación disminuyó a 57 y 40 asientos, respectivamente, en las elecciones de 2007. El Partido Agrario, el liberal Yabloko y la Unión de Fuerzas de Derecha, que habían desempeñado todos papeles prominentes en la política parlamentaria anterior, fueron borrados en su representación, uniéndose a decenas de partidos menores que habían existido en el pasado. Just Russia, un partido de izquierda formado en octubre de 2006 de la fusión de otros partidos, ganó 38 escaños. El partido dominante era Rusia Unida, que se desarrolló constantemente durante la década como el partido de poder alrededor de Vladimir Putin, a pesar de que permaneció formalmente fuera de sus filas hasta que se convirtió en su presidente semanas antes de retirarse de la presidencia. Esta organización, a la que pertenecen la mayoría de los miembros de la administración, fue un elemento más en la creación del poder vertical. Cuenta con una membresía masiva que se acerca a los dos millones, y utiliza sus procedimientos internos, que recuerdan cada vez más al Partido Comunista de la Unión Soviética, para controlar la administración regional (Slider, 2010); estos incluyen un proyecto para establecer, bajo los auspicios del partido, una “reserva de personal” como “el equipo profesional del país” (Yedinaya Rossiya 2008). Como lo plantea Slider (2010, p. 271): “La fuente del poder político de Rusia Unida reside en su respaldo de los «solucionadores» políticos del Kremlin, y el Kremlin puede, bajo condiciones correctas, usar el partido como una herramienta para intentar poner a las regiones bajo control”.

Fuera de las instituciones formales del Estado, Putin también se esforzó por limitar la independencia de las organizaciones no gubernamentales. Existen cientos de miles, pero su capacidad para actuar de forma independiente en la sociedad civil está severamente circunscrita, en particular a aquellos que tienen vínculos con el mundo exterior, y especialmente con los que recibieron financiamiento externo. Sakwa (2008, pp. 342-343) resume bien estos diversos desarrollos: “Las adiciones constitucionales a la constitución fueron diseñadas para mejorar la eficacia, pero en la práctica socavaron el desarrollo de un orden constitucional autosostenible y el surgimiento de una cultura cívica vibrante y sociedad civil”.

Fuera de las instituciones formales del Estado, Putin también se esforzó por limitar la independencia de las organizaciones no gubernamentales

Un segundo factor en la recentralización del poder estatal por parte de Putin fue un ataque concertado contra elementos separatistas, especialmente Chechenia, que continuó la lucha que la guerra de los 90 no logró resolver. Se emprendió una segunda guerra en agosto de 1999 (cuando Putin fue primer ministro durante el gobierno del presidente Yeltsin), que continuó hasta octubre de 2007. Durante ese período, la capital, Grozny, fue destruida y gran parte de la República fue arrasada; cientos de miles de civiles y personal militar fueron asesinados, de acuerdo con estimaciones que varían enormemente. Desde septiembre de 2001, esto fue procesado en el lado ruso en nombre de la “guerra contra el terror”, y los acontecimientos dentro de Rusia sin duda envalentonaron la presidencia de Putin a ese respecto: explosiones en centros comerciales y bloques de viviendas en Moscú y otras ciudades rusas en 1999, ataques de militantes chechenos contra objetivos en el vecino Daguestán en el mismo año, el ataque a un teatro en un suburbio de Moscú en octubre de 2002 y el asedio de la escuela del pueblo en Beslan, Ingushetiya, el 1 de septiembre de 2004. Estas atrocidades dirigidas contra objetivos “rusos” en la causa de la independencia chechena, que adquirieron un matiz cada vez más islámico, le dieron a Putin el apoyo público que necesitaba para restablecer la firme autoridad del Estado. Esta guerra, de acuerdo con Sakwa (2008, p. 228) “fue sobre la prevención de la desintegración de Rusia y los horrores asociados que conllevaría”: fue una guerra justa, aunque “con demasiada frecuencia se libró injustamente” (Sakwa, 2008, p. 227). Su impacto a largo plazo en la reputación de Putin es incierto.

También ambiguo en su impacto —al menos en términos económicos y de reputación— fueron los ataques de Putin contra los desleales ricos: su “ataque al poder financiero y legislativo” (Huskey, 2001, p. 91) destinado a neutralizar a los oligarcas (Korinman, 2008). La adquisición no ética y en muchos casos ilícita de bienes estatales inmensamente valiosos a precios reducidos por parte de individuos emprendedores en las privatizaciones de principios de la década de 1990 le dio una gran riqueza a un pequeño número de jugadores que la usaron y su influencia para apoyar a Boris Yeltsin en su victoriosa campaña electoral de 1996. Pero, mediante nuevas adquisiciones, algunos de ellos crearon conglomerados de compañías de extracción de materias primas, bancos y otras instituciones financieras, empresas pesadas e imperios mediáticos que les dieron a sus propietarios un poder real.



Si se utiliza de manera inapropiada, eso podría socavar los propósitos de la democracia y la política de Estado, incluida la subversión de la justicia, la frustración de un desarrollo económico sólido y la coherencia del Estado. Los ricos y poderosos podrían evadir la responsabilidad comprando la inmunidad del enjuiciamiento conferido por elección a la Duma, y utilizando el proceso legislativo en su propio interés.

Putin usó a la policía tributaria y otros medios para desafiar a los principales oligarcas, comenzando con Vladimir Gusinsky, cuyo Imperio de Medios de Comunicación incorporó a NTV, un canal crítico de Putin; continuando con Boris Berezovsky, cuyos intereses incluían Aeroflot, petróleo siberiano y otro canal de televisión, que había sido particularmente influyente durante la presidencia de Yeltsin; culminando en el espectacular ataque contra Mikhail Khodorkovsky, jefe de la gigantesca corporación petrolera Yukos, quien fue arrestado por evasión de impuestos y otros cargos, enjuiciado y encarcelado, su compañía desmantelada y tomada por corporaciones estatales (Sakwa, 2008; Sixsmith, 2010). Gusinsky y Berezovsky ahora viven en el exilio. Otros oligarcas conservaron su riqueza y al menos cierta influencia, pero el derecho del Kremlin a establecer las reglas se ha afirmado claramente sobre la comunidad empresarial (Sakwa, 2008; Stuermer, 2008).

### **Putin: un poder autocrático**

El surgimiento de Vladimir Putin en la arena política rusa hace dieciocho años y su actual “semi-silencio” es enigmático. Nadie podía entender quién era él. Es un patriota ruso y un leal iniciado en el servicio secreto que hábilmente usa la máscara de un liberal y solo muestra raramente sus verdaderos colores (o más precisamente, su cara de hierro) o por el contrario, es un liberal pro occidental, sutilmente disfrazado de agente de cumplimento y partidario del imperio, pero en los momentos críticos siempre alivia la tensión en las relaciones con Occidente y señala: “¡Soy tu hombre!” Putin sigue siendo esquivo, contradictorio y misterioso.

Después de llegar al poder dio un salto drástico, que se convirtió en una característica distintiva de su época, en contraste con la era de Gorbachov y Yeltsin. Dio un giro de 90 grados en su curso. Mantuvo el capitalismo, el liberalismo y la orientación occidental (así como otras “alegrías” de la década de 1990: la oligarquía, la corrupción, la élite cínica compradora, la eliminación de la moral y el espíritu nacional, los medios monstruosos, etc.), pero al mismo tiempo detuvo la desintegración de Rusia, las guerras intra-oligárquicas, mediante el uso de partidos políticos y canales de televisión federales, las provincias y gobernadores rebeldes, la guerra en Chechenia (que ganó) y los reclamos de las repúblicas nacionales a la soberanía. Después de tan buen comienzo, parecía que los 90 grados restantes no estaban lejos y que Putin construiría un imperio con la misma rapidez, integraría el espacio postsoviético, se armaría con una ideología eurasiática, restablecería el estado de la religión y la tradición, comenzaría a revivir la cultura y reiniciar la educación del espíritu, los valores y las costumbres de las personas. Pero, por desgracia, eso no fue así.

El surgimiento de Vladimir Putin en la arena política rusa hace dieciocho años y su actual “semi-silencio” es enigmático. Nadie podía entender quién era él

## El elemento de incertidumbre, fue un rasgo específico en el estilo de la presidencia de Putin en los últimos años

Al hacer un fuerte giro de 180 grados hacia la década de 1990, Putin repentinamente se detuvo de manera igualmente brusca. Se desvió del curso anterior exactamente 180 grados, pero ni más ni menos. La fórmula fue descubierta: “liberalismo + patriotismo”. Se suponía que se desarrollaría hacia una posición patriótica eurasiática consistente y consumada. Putin logró mantener el equilibrio al borde de la posición contradictoria de “liberalismo + patriotismo” durante el tiempo que quiso. Hizo que la sociedad aceptara a este Putin en particular como un fenómeno integral. El ultra-liberal lo ve como un “dictador”. Esto no es verdad. Putin prefiere actuar en voz baja y usa la fuerza solo en casos extremos. A él, no le gusta la violencia y recurre a ella solo en circunstancias muy raras que afectan directamente los intereses del estado (Dugin, 2014).

Los ultrapatriotas lo ven como un liberal, un “agente de influencia occidental” y un “protegido de los oligarcas y la camarilla global”. Esto tampoco es cierto. Occidente odia a Putin: es una amenaza real para la dominación global del imperio estadounidense. Occidente daría cualquier cosa para eliminarlo.

Putin es visto como un patriota y un nacionalista. Aparentemente eso tampoco es verdad. ¿Una esfinge inexplicada? De hecho, el misterio de Putin se puede resolver y parece que estamos cerca de su solución.

### ¿La nueva fórmula de Putin?

El primer año de la tercera presidencia de Putin dejó absolutamente claro por qué había un aura de incertidumbre en torno a esta cifra. A pesar de las repetidas explicaciones de Putin sobre su curso, tanto Rusia como Occidente aún esperan sorpresas de su parte. El elemento de incertidumbre, fue un rasgo específico en el estilo de la presidencia de Putin en los últimos años.

¿Quién es Putin? Esto ya no es un misterio. Si uno resume los aspectos principales de su comportamiento durante los primeros dos períodos de su presidencia, su período ministerial y el primer año de su tercer mandato, uno llegará a la siguiente conclusión: *Putin constituye un político realista clásico.*

### ¿Qué es Realismo?

El realismo en las relaciones internacionales no es simplemente realismo doméstico o realismo en la pintura, y no la llamada *Realpolitik*. Las mejores interpretaciones del realismo están dadas por los autores clásicos de esta subdivisión de la política internacional: Hans Morgenthau (1904-1980, fue un politólogo alemán-estadounidense que influyó mucho en la comprensión del derecho internacional y las relaciones internacionales), Edward Carr (1892-1982, fue un historiador inglés y teórico de relaciones internacionales; en su libro *The Twenty Years' Crisis*, dividió las ideas sobre las

relaciones internacionales en dos bandos, utópicos y realistas), Henry Kissinger y sus seguidores neorrealistas: Kenneth Waltz (1924-2013, fue un científico político estadounidense y uno de los fundadores de la escuela neo-realista de pensamiento político), Robert Gilpin (nacido en 1930, es un científico político estadounidense que, en los últimos años, ha intentado aplicar el realismo político a las políticas estadounidenses en Medio Oriente), John Mearsheimer (nacido en 1947, es un politólogo estadounidense; en la década de 1990, postuló que, tras la retirada de las fuerzas estadounidenses y soviéticas de Europa, la cual eventualmente volvería a un escenario multipolar y creía que la proliferación de armas nucleares en todo el continente podría ayudar a mantener la paz), y Stephen Krasner (nacido en 1942, es un politólogo estadounidense; él ha argumentado que países como Estados Unidos están amenazados por estados débiles que carecen de estabilidad, y que es responsabilidad de las naciones fuertes estabilizar estados débiles al inculcarles el sistema de democracia liberal basada en el mercado).

El núcleo del realismo en las relaciones internacionales y más ampliamente, en la política, es el principio de un Estado nacional contemporáneo como el actor principal. Para los realistas, toda la esfera de las relaciones internacionales es, absoluta y exclusivamente, un campo de interacción de los estados soberanos (Donnelly, 2004). En cuanto a las relaciones internacionales, los liberales agregan a la lista de actores de política internacional las corporaciones transnacionales y las organizaciones no gubernamentales, y los marxistas añaden organizaciones internacionales que se crean sobre la base de distinciones de clase y que están más allá de las fronteras de los Estados-nación.

**El realismo declara la necesidad del Estado no solo de resolver problemas de política exterior (donde reina el caos y la violencia en las relaciones entre los Estados), sino también como un instrumento de política interna**

### **Tres principios del realismo: soberanía, el príncipe, Leviatán**

El realismo se basa en los tres principios políticos y filosóficos principales: *Leviathan*, *El príncipe* de Maquiavelo y “soberanía” (tal como lo define Jean Bodin), que subyace en la teoría del Estado contemporáneo y se convirtió en la base del derecho internacional europeo (*Jus Publicum Europeum*) asegurado en el sistema de Westfalia.

El realismo en las relaciones internacionales se basa en la premisa de que la naturaleza humana es imperfecta, que los humanos son propensos al pecado y las debilidades, por lo que existe una discordia permanente entre las personas (la tesis de Hobbes *Homo homini lupus est*: “el hombre es lobo para el hombre”). El Estado y la sociedad existen precisamente con el propósito de mantener al individuo en un estado neutral, o al menos tratar de evitar su desintegración total, si no mejorarlo.

Una visión pesimista del hombre, expresada en la idea de que un individuo que recibe libertad muy probablemente se involucrará en actos malvados e inaceptables, subyace al tratamiento del realismo de la política. El realismo declara la necesidad del Estado no solo de resolver problemas de política exterior

**El realismo declara la necesidad del Estado no solo de resolver problemas de política exterior (donde reina el caos y la violencia en las relaciones entre los Estados), sino también como un instrumento de política interna**

(donde reina el caos y la violencia en las relaciones entre los Estados), sino también como un instrumento de política interna: impedir que el individuo se dañe irremediamente a sí mismo y a sus vecinos. Por tanto, debe salvar al hombre del lado oscuro de su propia naturaleza. Las personas deben voluntariamente, a través de un contrato social, delegar parte de sus poderes y la opción de estar a cargo de su propia libertad a un Estado fuerte, Leviathan, y si se violan las leyes, el Estado asegura su observancia. Como señaló Max Weber (1864-1920, fue un alemán que es considerado uno de los fundadores de la sociología; Weber escribe sobre el “monopolio de la violencia” por parte del Estado en su ensayo *Política como Vocación*), el Estado se convierte en el único instituto de violencia natural y legítima, porque es un producto del acuerdo y una encarnación de la racionalidad en el hombre, que así supera su estado natural (bestial) (Weber, 1996).

A diferencia del estado medieval tradicional y especialmente de un imperio, Leviatán no tiene ninguna misión específica, un objetivo espiritual o histórico, o un propósito divino. Leviathan no tiene la intención de mejorar la naturaleza humana, simplemente evita la anarquía y el exterminio del hombre por parte del hombre. Este es el comienzo y el final de su función. Además, Leviathan se crea desde abajo, es hecho por el hombre y es el producto de una interpretación racional de su naturaleza. Así es como se interpretó el Estado en política en la era moderna (Hobbes, 1992).

El siguiente principio del realismo en la política internacional es la soberanía de Jean Bodin, quien argumentaba que un gobernante soberano es un gobernante por encima del cual no hay autoridad superior aparte de Dios. Bodin desarrolló la idea del Estado como una organización artificial de la vida a lo largo de líneas racionales, cuyo valor supremo es la soberanía como un hito absoluto en la política exterior. Esto significa, que no existe una autoridad legítima superior por encima del Estado, que lo obligaría a comportarse de cierta manera en el ámbito internacional.

La figura del príncipe o el “nuevo príncipe” creado por Niccolò Machiavelo representaba no a un monarca tradicional cuya regla estaba garantizada por la inercia social y política, sino una figura política que enfrentaba la tarea de crear un Estado y un sistema político desde cero con la ayuda de su voluntad y su mente. Aquí, Maquiavelo se enfrentó al problema de fundamentar y validar la creatividad política basada en la racionalidad, la voluntad y la eficiencia.

El Estado contemporáneo es visto (o construido) por él como un nuevo objeto político, algo que no había existido previamente durante la Edad Media y en la antigüedad, representa un aparato para la organización eficiente de la sociedad en interés del gobernante (nuevo Príncipe). El nuevo príncipe, a diferencia del viejo príncipe, no solo debe conservar el poder en una sociedad dada con tradiciones y costumbres profundamente

**Leviathan no tiene la intención de mejorar la naturaleza humana, simplemente evita la anarquía y el exterminio del hombre por parte del hombre**

arraigadas, que debe observar, sino que tiene crear esta sociedad y estas costumbres, asegurar su poder y demostrar su eficacia en la práctica (Maquiavelo, 1990).

Los realistas ven las relaciones internacionales como un campo de anarquía (caos) donde cada actor (el Estado) persigue sus propios intereses

El Estado de Maquiavelo no tiene ningún propósito aparte de ser un instrumento de poder del “nuevo príncipe”; por lo tanto, todas sus instituciones y principios deben obligatoriamente tener un fin racional y demostrar constantemente su eficacia. El carácter volitivo de la regla del nuevo príncipe, es responsable de cambiar las reglas políticas en un momento en que está justificado por ciertos propósitos. El Estado es visto como un mecanismo de poder totalmente instrumental, donde todo se reduce a la eficiencia, con la que la élite gobernante puede aprovechar y asegurar el poder. Esto conduce a la organización óptima de la situación política destinada a expandir y defender los territorios nacionales, así como a evitar revueltas civiles y el colapso del Estado o una derrota militar, que en conjunto constituyen la responsabilidad principal de los gobernantes y es uno de los principales criterios de eficiencia y estabilidad de su regla.

Los realistas ven las relaciones internacionales como un campo de anarquía (caos) donde cada actor (el Estado) persigue sus propios intereses. Por lo tanto, una guerra entre estados soberanos es una expresión natural de la naturaleza misma de las relaciones internacionales como una batalla entre Leviatanes. No hay una instancia superior al Estado, y sus relaciones con otros países están motivadas solo por sus intereses, deseos y posibilidades, que son determinados y realizados por la élite política, que es el Príncipe, capaz de demostrar la eficiencia de su gobernar, mantener el poder y asegurar sus objetivos deseados por cualquier medio.

### **Putin – un Realista Absoluto**

El comportamiento de Putin a lo largo de todas las etapas precedentes y en la etapa actual está completamente integrado en el modelo de realismo, con todos sus principios, incluidos los correspondientes a Leviatán, la soberanía y el nuevo príncipe. En realidad, Putin, a pesar de todas las expectativas sociales y el humo y los espejos, finalmente no tiene una ideología mesiánica a largo plazo. De hecho, él considera al Estado como una estructura hecha por el hombre, racional y pragmática que está diseñada principalmente para la protección de la soberanía que le ha sido confiada por la sociedad rusa. Putin depende de la soberanía absoluta del Estado y no reconoce la legitimidad de las demandas formuladas por la comunidad internacional. Al igual que cualquier realista,

incluidos los estadounidenses, iguala las decisiones tomadas por las instituciones internacionales a nada. Resoluciones como el Protocolo de Kyoto (el Protocolo de Kyoto es un acuerdo internacional firmado en 1997 con la intención de reducir la cantidad de gases de efecto invernadero emitidos, incluida la Federación de Rusia) y el Tribunal de Estrasburgo (el Tribunal Europeo de Derechos Humanos, con sede en Estrasburgo, Francia, aplica el Convenio Europeo de Derechos Humanos en los Estados miembros del Consejo de Europa. La Federación Rusa es un miembro) no le son absolutamente vinculantes. El principio de un mundo unipolar, así como el de un mundo arbitrariamente dividido en varios polos, son igualmente inaceptables para él.

Putin está completamente convencido de que los principios de soberanía impiden la implementación de presiones legales contra cualquier Estado o su gobernante por parte de las instituciones internacionales. Comparte creencias comúnmente atribuidas al modernismo: que el orden mundial relativamente estable se basa en equilibrar el principio de la soberanía estatal y la estructura del derecho internacional. Es gracias a esto que Rusia no entregó sus armas nucleares y mantiene un fuerte potencial para hacer valer su soberanía. Es el hecho de que Rusia es el único país aparte de los EE. UU. que tiene una tríada nuclear, en tierra, en el mar y en el aire, que le permite tomar una posición independiente en el ámbito internacional y tener su propia opinión y una política exterior independiente (Putin, 2016).

Putin ve un potencial para mantener a flote la economía y garantizar la soberanía energética de Rusia mediante la utilización de abundantes recursos naturales del país. La ventaja para él radica en la tradición milenaria de independencia de Rusia (a excepción del período del yugo tártaro-mongol), así como en las profundas raíces históricas, políticas e ideológicas de la independencia y la soberanía que radica en la propia población del país.

Putin tiene los recursos para llevar a cabo políticas realistas. En áreas donde carecen de sus propias fuerzas, los líderes realistas usualmente recurren a alianzas y maniobras. En este sentido, Putin juega un hábil juego de ajedrez en las relaciones con China, el otro gobierno realista moderno, así como con Irán y otros países. Él no confronta a Occidente porque no tiene motivos ideológicos para hacerlo.

Es gracias a esto que Rusia no entregó sus armas nucleares y mantiene un fuerte potencial para hacer valer su soberanía

Putin juega un hábil juego de ajedrez en las relaciones con China, el otro gobierno realista moderno, así como con Irán y otros países

Por lo tanto, el enigma de Putin está resuelto. Putin es realista. Todos los pros y los contras, ventajas y limitaciones de su regla están incluidos en esta tesis

En un espíritu de realismo completo, Putin se inclina a considerar las relaciones internacionales como gobernadas por el caos y la anarquía: “Estamos presenciando caos en todas partes, y no consideramos que la posición de nuestros socios sea completamente correcta. ¿Por qué deberíamos apoyar lo que creemos que está mal? ¿Por qué deberían exigir que implementemos sus estándares? ¿Tal vez les pediremos que implementen nuestros estándares? No exijamos nada el uno del otro, vamos a tratarnos con respeto” (Putin, 2016).

Es bastante obvio que todo lo que Putin ha hecho en el pasado y todo lo que hace ahora encaja completamente en la comprensión clásica del realismo en las relaciones internacionales. Y así como dos puntos son suficientes para dibujar una línea recta, estos hechos nos permiten hacer la siguiente predicción: Putin seguirá la política realista hasta el final. Lo más probable es que su sucesor en seis años también sea un defensor de la tendencia realista. Este es un vector definido y predeterminado. Por supuesto, el realismo como el futuro no está garantizado de manera absoluta porque la imprevisibilidad de los acontecimientos mundiales en los últimos años y meses puede interferir con este proceso.

Por lo tanto, el enigma de Putin está resuelto. Putin es realista. Todos los pros y los contras, ventajas y limitaciones de su regla están incluidos en esta tesis. Esto es un axioma.

En efecto, los rusos viven en un Estado realista y tienen políticas realistas. ¡Todos aquellos que están descontentos pueden irse! Cualquiera que desee expresar sus opiniones sobre modelos alternativos de política –por ejemplo, es el liberalismo el que generalmente se opone al realismo, pero el marxismo, el posmodernismo y el positivismo también pueden ser esa oposición– son bienvenidos a la discusión teórica.

### **Consideraciones finales: La elección presidencial de Rusia se dirige a la realidad**

Unas semanas antes de que los rusos vayan a las urnas para la séptima elección presidencial del país, las noticias ya podrían estar escritas con anticipación. Salvo un acto de Dios, Vladimir Putin será elegido para un cuarto mandato en el cargo, lo que lo convierte en el líder con más antigüedad en la autoridad ejecutiva de cualquiera de las principales potencias del mundo. Antes de emitir una sola papeleta, la mayoría del *establishment* político de los Estados Unidos ya considerará que los resultados de esta encuesta son ilegítimos. Sin importar la verdadera base de apoyo de Putin en Rusia, las formas en que el Kremlin ha manejado el proceso electoral y la inevitable brecha que surgirá entre la participación electoral real y el número de votos emitidos por Putin con los resultados publicados, especialmente si el objetivo de 70 por ciento de participación / 70 por ciento a favor de Putin se alcanza en medio de informes de que se requería cierto grado de ajuste para

alcanzar estos objetivos; se citará para negar que Putin tiene un mandato popular para continuar gobernando. Entonces, la elección no resolverá nada: aquellos en la elite rusa que creen que los estadounidenses (y algunos europeos) deben reconocer la “realidad” de Putin y comenzar a hacer negocios con el Kremlin estarán decepcionados. Además, aquellos en Occidente que sostienen que todo lo que alguien debe hacer es esperar a que la inevitable revolución del color derroque a Putin, que a su vez resolverá todos los problemas pendientes que han llevado al deterioro de las relaciones de Rusia con Occidente.

Entonces, el 19 de marzo de 2018, nada habrá cambiado. Pero los dos problemas inminentes que las elecciones no resolverán seguirán allí.

Primero, en la medida en que podamos hablar de algo denominado “putinismo”, su narrativa se está ejecutando en blanco. En el primer mandato de Putin (2000-2004), fue el hombre de emergencia llamado a tomar el timón de Rusia y detener su caída en una catástrofe. El segundo término estuvo marcado por el tema de reconstruir lo que se había perdido durante los desastres de los años noventa. Durante el período del tándem con Medvedev, el antiguo énfasis en la modernización fue reemplazado por un enfoque anticrisis, para salvaguardar a Rusia de las vicisitudes de la recesión mundial. Putin lanzó su tercer mandato presentando una visión de asegurar el lugar de Rusia en el mundo como el polo de poder de Eurasia, un esfuerzo que ha flaqueado a medida que la Unión Euroasiática ha tenido un rendimiento inferior, pero más aún a causa de la crisis ucraniana. No parece haber una visión dominante, cautivadora y cautivadora para el cuarto mandato, aparte del lema “Un presidente fuerte para una Rusia fuerte”. De hecho, es fascinante que varios de los candidatos se postulen en las elecciones de marzo, especialmente Boris Titov, que representa a la vieja “Causa Correcta” (ahora el Partido del Crecimiento) y, en menor medida, la nueva cara de los comunistas rusos, Pavel Grudinin, reemplazando al viejo eterno peleón Gennday Zyuganov, no espera ganar las elecciones, pero está utilizando la campaña para impulsar sus respectivos programas pro-privatización y antiglobalización, en un esfuerzo por influir en la dirección que tomará el gobierno ruso en los próximos años. Incluso la campaña de Ksenia Sobchak está trayendo problemas al ámbito público, y su capacidad para plantear una pregunta en su calidad de reportera de Putin en la maratónica conferencia de prensa de diciembre fue vista como una señal de que, incluso si no se espera que gane, su candidatura es parte del proceso necesario para considerar lo que suceda con la política rusa después de que Putin se retira de este reino mortal.

Esto se debe a que la campaña de 2018, en la forma en que ha evolucionado, es una clara señal de fracaso. A mediados de la década de 2000, Vladislav Surkov, el reputado “cardenal gris del Kremlin” y tecnólogo político principal de Putin, había mantenido que el objetivo de su actividad era crear un partido gobernante, como los demócratas liberales de la posguerra en Japón. Eso podría mantener décadas de supremacía electoral, servir como una agrupación de grandes carpas que permita la existencia de diferentes facciones, pero permanecer unidas en una sola entidad política, y desarrollar mecanismos sostenibles para el desarrollo de líderes y la renovación de cuadros. La política rusa de hoy todavía está muy lejos de este modelo, y la candidatura perpetua de Putin es una clara señal de que el problema de la sucesión política que lo afligió en el período previo a las

**Entonces, el 19 de marzo de 2018, nada habrá cambiado. Pero los dos problemas inminentes que las elecciones no resolverán seguirán allí**



**Putin, en muchos sentidos, no puede renunciar al poder porque él y los que lo rodean no tendrían las garantías políticas y legales que requieren**

elecciones presidenciales de 2008 (cuando Putin estaba prohibido constitucionalmente buscar un tercer mandato consecutivo) aún no ha sido resuelto. Putin, en muchos sentidos, no puede renunciar al poder porque él y los que lo rodean no tendrían las garantías políticas y legales que requieren. Al mismo tiempo, a diferencia del Japón de posguerra con el PDL (Partido Democrático Liberal) o de la India post-independiente con el Partido del Congreso, o las siete décadas de supremacía disfrutadas en México por el Partido Revolucionario Institucional, no existe un mecanismo y proceso autoritativo o vinculante por el cual las facciones dentro de la elite gobernante puede seleccionar y acordar nuevos líderes. Si, como aparece cada vez más, el sistema político ruso actual se construyó para una sola persona y solo puede ser administrado y controlado por una sola persona, Vladimir Putin, entonces Rusia sufrirá una gran crisis política en el momento en que Putin ya no podrá gobernar.

Y, por mucho que observadores externos busquen señales de una “revolución de color” en la candidatura no autorizada del luchador anticorrupción Alexei Navalny, la realidad es que todas las revoluciones de color en el espacio eurasiático han sucedido una vez que el régimen existente ya no puede resolver las preguntas de sucesión y todos los líderes que surgieron de la revolución del color –Viktor Yushchenko o Petro Poroshenko en Ucrania o Mikheil Saakashvili en Georgia– formaban parte del antiguo orden político. Si, el 19 de marzo, queda claro que este será el último mandato de Putin en el cargo, y si el sueño PDLR de Surkov (Partido Democrático Liberal de Rusia) no puede realizarse, entonces las probabilidades de que las facciones y clanes del Kremlin que no aprueben la elección del sucesor de Putin sean incentivadas considerar seguir el libro de estrategias de la revolución del color como una forma de compensar a sus rivales comienza a aumentar.

El otro problema que no se resolverá en las elecciones de marzo, o incluso si hubiera un evento de cisne negro que condujera a otra persona que no sea Putin a asumir la presidencia, es la cuestión del papel de Rusia en la región de Eurasia y en el mundo. En Occidente, sigue existiendo la suposición de que nuestros problemas de política exterior con Rusia son personales: que provienen de Putin. Por lo tanto, según este pensamiento, podríamos dar un paso más en las relaciones entre EE. UU. y Rusia con un presidente Navalny, o Sobchak, o incluso Titov, por no mencionar al reformador liberal de larga data Grigory Yavlinsky, que también ha lanzado su sombrero en el ring. Sí, un candidato diferente podría terminar la intervención de Siria, ser más flexible en la cuestión de Ucrania, ser menos conflictivo. Pero nadie representa el abandono de Rusia de su posición como líder regional o como una de las grandes potencias a

**Sí, un candidato diferente podría terminar la intervención de Siria, ser más flexible en la cuestión de Ucrania, ser menos conflictivo**

## El problema que ahora enfrenta Putin es cómo generar entusiasmo, o al menos su apariencia, en una votación preordenada cuando el principal retador carece de voz

las que se debería consultar sobre los asuntos importantes de la agenda global. Vladislav Inozemtsev, un respetado académico y analista que se desempeña como uno de los asesores de política de Sobchak, en 2005 habló sobre cómo Rusia, como una de las grandes potencias, podría trabajar con Estados Unidos en la creación de un nuevo concierto para abordar problemas internacionales críticos. Nadie, ni siquiera los candidatos más liberales y prooccidentales en ejercicio, abogarían por la subordinación rusa en un sistema unipolar de Estados Unidos. La realidad es que cualquier líder en el Kremlin que persiga intereses nacionales rusos es probable que tenga puntos de fricción con los Estados Unidos, y no parece que exista un mecanismo que, en una era posterior a Putin, funcione para disminuir o desconcierte esos irritantes.

Los rusos, y el mundo, despertarán el 19 de marzo para descubrir que no mucho ha cambiado. Pero el reloj que cuenta regresivamente hacia las crisis domésticas e internacionales estará funcionando.

Me gustaría terminar este artículo con una reflexión de Dr. Stephen Blank, miembro principal del *American Foreign Policy Council*, autor de numerosos artículos y monografías relacionados con la política exterior, centrados específicamente en la geopolítica y la geoestrategia de la antigua Unión Soviética, Rusia y Eurasia, que publicó 31 de enero de 2018 en el periódico “*The Interpreter*”:

*El problema que ahora enfrenta Putin es cómo generar entusiasmo, o al menos su apariencia, en una votación preordenada cuando el principal retador carece de voz. Este dilema es particularmente revelador, dadas las numerosas encuestas de opinión pública que atestiguan la apatía popular generalizada, las dificultades económicas y las frecuentes manifestaciones contra el régimen. Otro fenómeno que no debe sorprendernos es que son los jóvenes quienes parecen ser los principales defensores de Navalny en las ciudades rusas. Han visto el futuro de Rusia y saben que no funciona para ellos. Precisamente porque Putin no puede transformar la economía de Rusia sin socavar su propia posición, y por lo tanto no implementará las reformas necesarias independientemente de lo que prometa ahora, ha optado por desempeñar el papel de exponente y encarnación de los valores tradicionales masculinos y rusos. Esas triquiñuelas ridículas como que Putin, de 65 años, juegue al hockey sobre hielo y le vaya bien a los profesionales, o que se lo vea hundirse públicamente en aguas heladas mientras lleva a cabo un rito ortodoxo de Epifanía, son estrategias de relaciones públicas diseñadas para tranquilizar a los mayores, secciones del electorado menos urbanas, menos educadas y ciertamente menos sofisticadas que su gobernante no solo sigue siendo un “hombre real” vigoroso sino también un representante de los valores clásicos rusos y cristianos. [...] Pero si la participación no llega al 70%, o Putin de alguna manera no logra alcanzar una mayoría del 70%, su autoridad y legitimidad quedarán en entredicho. Los fallos del sistema se han demostrado para que todos lo vean. Si surge una crisis interna en Rusia, es probable que afecte a Occidente. Probablemente sería largo, doloroso y muy posiblemente violento, ya que el régimen no tiene otra alternativa más que invocar el estatus de gran poder, lo que necesariamente implica un conflicto dentro y fuera del país con todos aquellos que puedan desafiar la invulnerabilidad del hombre detrás del telón.*

6 de febrero de 2018

## REFERENCIAS

- Blank, Stephen (2018). "The real purpose of Russia's presidential election". *The Interpreter*, 31 de enero del 2018 <https://www.lowyinstitute.org/the-interpreter/real-purpose-russia-presidential-election> (consultado 5-2-2018).
- Donnelly, Jack (2004). *Realism and International Relations*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Dugin, Alexander (2014). *Putin vs Putin. Vladimir Putin viewed from the Right*. London: Arktos Media.
- Goldman, Marshall (2008). *Petrostate. Putin, Power, and the New Russia*. Oxford: Oxford University Press.
- Hobbes, Thomas (1992). *Leviatán*. Madrid: Alianza Editorial.
- Huskey, Eugene (2001). "Overcoming the Yeltsin Legacy: Vladimir Putin and Russian Political Reform" in Archie Brown (ed.), *Contemporary Russian Politics: A Reader* (Oxford: Oxford University Press), 82-96.
- Kissinger, Henry (2001). *Diplomacia*. México: FCE.
- Korinman, Michel and John Laughland (eds) (2008). *Russia: A New Cold War?* London: Vallentine Mitchell.
- Maquiavelo, Nicolás (1990). *El príncipe*. Madrid: Alianza Editorial.
- Milia, Juan Guillermo (2015). *Gorbachov, Yeltsin Putin. De la Perestroika al Neo-estalinismo 1985-2015*. Buenos Aires: Dunken.
- Milosavljevic, Jefcic, Mladenovic (2017). *Vladimir Putin and Analysis or the Role of Leaders in the Formation and Implementation of State Policy in Contemporary Russia*. *The Review of International Affairs*, Vol. LXVII, No. 1165, January-March 2017.
- Milosevich, Mira (2013). *¿Hacia dónde va Rusia?* Cuadernos de pensamiento político, Enero-Marzo 2013.
- Pons, Frédéric (2017). *Vladimir Putin*. Buenos Aires: Editorial El Ateneo
- Primakov, Yevgeny (2004). *Russian Crossroads. Toward the new Millenium*. Yale: Yale University Press.
- Putin, Vladimir (2014). *Discurso del presidente de la Federación de Rusia Vladimir Putin ante los diputados de la Duma Estatal el 18 de marzo de 2014*. <https://jnusa2001.wordpress.com/2014/03/18/discurso-integro-del-presidente-de-la-federacion-de-rusia-vladimir-putin-ante-los-diputados-de-la-duma-estatal-el-18-de-marzo-de-2014/> (consultado 15-1-2018).
- Putin, Vladimir (2016). *Discurso del presidente de la Federación de Rusia, Vladimir Putin, en la octava reunión de los embajadores y los representantes permanentes de la Federación de Rusia, Moscú, MAE, 30 de junio de 2016* [http://www.mid.ru/es/foreign\\_policy/news/-/asset\\_publisher/cKNonkJE02Bw/content/id/2338996](http://www.mid.ru/es/foreign_policy/news/-/asset_publisher/cKNonkJE02Bw/content/id/2338996) (consultado 15-1-2018).
- Sakwa, Ricard (2008). *Russian Politics and Society*. London: Routledge.
- Sixsmith, Martin (2010). *Putin's Oil: The Yukos Affair and the Struggle for Russia*. New York: Continuum.
- Slider, Darrell (2010). "How United is United Russia? Regional Sources of Intra-party Conflict", *Journal of Communist Studies and Transition Politics* 26 (2): 257-75.
- Solzhenitsyn, Alexander (1995). *El problema Ruso*. Barcelona: Tusquets Editores.
- Sputnik, agencia de noticias en Moscú. [https://mundo.sputniknews.com/docs/about/quienes\\_somos.html](https://mundo.sputniknews.com/docs/about/quienes_somos.html) (consultado 25-1-2018).

Stuermer, Michael (2008). *Putin and the Rise of Russia*. London: Weidenfeld & Nicolson.

Weber, Max (1996). *El político y el científico*. Madrid: Alianza Editorial.